TAO TE KING

- LAO TSE -

Lao Tse (570-c. 490 a.C.), filósofo chino con-siderado el fundador del taoísmo. La confusión en torno a su fecha de nacimiento radica en la leyenda según la cual instruyó a Confu-cio; en realidad, si Lao-tsé existió fue en la persona de un filósofo anónimo del siglo IV

a.C. que atribuyó su trabajo a este sabio le-gendario. Según la leyenda, Lao-tsé nació en la provincia de Henan y fue un bibliotecario de la corte. Se supone que dejó escrito el Tao Te-King (o Daodejing, Libro de la Vía y de la Virtud), el gran tratado filosófico chino, cuando abandonó China para irse a vivir a un lugar desconocido de Occidente. Con mucho, el Tao Te-King es la obra literaria más tradu-cida del chino y tuvo una enorme influencia en el pensamiento y la cultura orientales.

Este libro, que cuenta con tan sólo 10.000

caracteres, fue redactado hacia el año 300

a.C. y parece ser una antología que recoge antiguas enseñanzas, aunque la densidad de su estilo sugiere que es obra de un único autor. La mayor parte del libro está com-puesta por rimas y puede ser leído como un largo poema filosófico. Enseña que "el camino" (dao) del mundo se realiza con mayor aprovechamiento abandonando las categorías y los valores en favor de la percepción es-pontánea. El sabio busca "no hacer nada"

(wu wei) y deja que las cosas sigan su curso natural; así, como estaba destinado a un monarca, al rey que pretenda ser inteligente y apto se le recomienda que mantenga a su

pueblo en la sencillez y la pasividad para que así pueda amoldarse a la naturaleza, auténti-ca meta del hombre. Relatos y mitos poste-riores integraron a Lao-tsé en la religión chi-na, convirtiéndole en una deidad principal de la religión taoísta que revelaba los textos sagrados a la humanidad; algunas leyendas sostienen que tras salir de China se convirtió en Buda.

Este libro consta de 81 capítulos de los que aquí se exponen 37. Espero que le guste y disfrute con su lectura.

I

El Tao que puede ser expresado no es el verdadero Tao.

El nombre que se le puede dar no es su verdadero nombre.

Sin nombre es el principio del universo; y con nombre, es la madre de todas las cosas.

Desde el no-ser comprendemos su esencia; y desde el ser, sólo vemos su apariencia.

Ambas cosas, ser y no-ser, tienen el mismo origen, aunque distinto nombre.

Su identidad es el misterio.

Y en este misterio

se halla la puerta de toda maravilla.

II

Todo el mundo toma lo bello lo bello, y por eso conocen qué es lo feo.

Todo el mundo toma el bien por el bien, y por eso conocen qué es el mal.

Porque, el ser y el no-ser se engendran mu-tuamente.

Lo fácil y lo difícil se complementan.

Lo largo y lo corto se forman el uno de otro.

Lo alto y lo bajo se aproximan.

El sonido y el tono armonizan entre sí.

El antes y el después se suceden recíproca-mente.

Por eso, el sabio adopta la actitud de no-obrar

y practica una en sin palabras.

Todas las cosas aparecen sin su intervención.

Nada usurpa ni nada rehúsa.

Ni espera recompensa de sus obras, ni se atribuye la obra acabada, y por eso, su obra permanece con él.

III

No ensalzar los talentos

para que el pueblo no compita.

No estimar lo que es difícil de adquirir para que el pueblo no se haga ladrón.

No mostrar lo codiciable

para que su corazón no se ofusque.

El sabio gobierna de modo que vacía el corazón,

llena el vientre,

debilita la ambición,

y fortalece los huesos.

Así evita que el pueblo tenga saber ni deseos,

para que los más astutos

no busquen su triunfo.

Quien practica el no-obrar todo lo gobierna.

IV

El Tao es vacío,

imposible de colmar,

y por eso, inagotable en su acción.

En su profundidad reside el origen de todas las cosas.

Suaviza sus asperezas,

disuelve la confusión,

atempera su esplendor,

y se identifica con el polvo.

Por su profundidad parece ser eterno.

No sé quién lo concibió,

pero es más antiguo que los dioses.

V

El universo no tiene sentimientos; todas las cosas son para él como perros de paja.

El sabio no tiene sentimientos; el pueblo es para él como un perro de paja.

El universo es como un fuelle, vacío, pero nunca agotado.

Cuanto más se mueve,

más produce.

Quien más habla

menos le comprende.

Es mejor incluirse en él.

VI

El espíritu del valle no muere.

Es la hembra misteriosa.

La puerta de lo misterioso femenino es la raíz del universo.

Ininterrumpidamente, prosigue su obra sin fatiga.

VII

El cielo es eterno y la tierra permanece.

El cielo y la tierra deben su eterna duración a que no hacen de sí mismos la razón de su existencia.

Por ello son eternos.

El sabio se mantiene rezagado y así es antepuesto.

Excluye su persona

y su persona se conserva.

Porque es desinteresado

obtiene su propio bien.

VIII

La suprema bondad es como el agua.

El agua todo lo favorece y a nada combate.

Se mantiene en los lugares

que más desprecia el hombre y,.así, está muy cerca del Tao.

Por esto, la suprema bondad es tal que, su lugar es adecuado.

Su corazón es profundo.

Su espíritu es generoso.

Su palabra es veraz.

Su gobierno es justo.

Su trabajo es perfecto.

Su acción es oportuna.

Y no combatiendo con nadie, nada se le reprocha.

IX

Más vale renunciar antes que sostener en la mano un vaso lleno

sin derramarlo.

La espada que usamos y afilamos continuamente

no conservará mucho tiempo su hoja.

Una sala llena de oro y jade nadie la puede guardar.

Quien se enorgullece de sus riquezas atrae su propia desgracia.

Retirarse de la obra acabada, del renombre conseguido,

esa es la ley del cielo.

X

Unir cuerpo y alma en un conjunto del que no puedan disociarse.

Dominar la respiración hasta hacerla tan flexible como la de un recién nacido.

Purificar las visiones hasta dejarlas limpias.

Querer al pueblo y gobernar el Estado practicando el no-hacer.

Abrir y cerrar las puertas del cielo siendo como la mujer.

Conocer y comprenderlo todo usar la inteligencia.

Engendrar y criar,

engendrar sin apropiarse,

obrar sin pedir nada,

guiar sin dominar,

esta es la gran virtud.

XI

Treinta radios convergen en el centro de una rueda,

pero es su vacío

lo que hace útil al carro.

Se moldea la arcilla para hacer la vasija, pero de su vacío

depende el uso de la vasija.

Se abren puertas y ventanas en los muros de una casa,

y es el vacío

lo que permite habitaría.

En el ser centramos nuestro interés, pero del no-ser depende la utilidad.

XII

Los cinco colores ciegan al hombre.

Los cinco sonidos ensordecen al hombre.

Los cinco sabores embotan al hombre.

La carrera y la caza ofuscan al hombre.

Los tesoros corrompen al hombre.

Por eso, el sabio atiende al vientre y no al ojo.

Por eso, rechaza esto y prefiere aquello.

XIII

El favor y la desgracia inquietan por igual.

La fortuna es un gran dolor como nuestro cuerpo.

¿Qué quiere decir: favor y desgracia inquietan por igual ?

El favor eleva y la desgracia abate.

Conseguir el favor es la inquietud.

Perderlo es la inquietud.

Este es el sentido de «favor y desgracia inquietan por igual»

¿Qué quiere decir: la fortuna es un gran dolor como nuestro cuerpo?

La causa por la que padezco dolor es mi propio cuerpo.

Si no lo tuviese,

¿qué dolor podría sentir?

Por esto, quien estime al mundo igual a la fortuna de su propio cuerpo,

puede gobernar el mundo.

Quien ame al mundo como a su propio cuerpo,

se le puede confiar el mundo.

XIV

Se le llama invisible porque mirándole no se le ve.

Se le llama inaudible porque escuchándole no se le oye.

Se le llama impalpable porque tocándole no se le siente.

Estos tres estados son inescrutables y se confunden en uno solo.

En lo alto no es luminoso,

en lo bajo no es oscuro.

Es eterno y no puede ser nombrado, retorna al no-ser de las cosas.

Es la forma sin forma

y la imagen sin imagen.

Es lo confuso e inasible.

De frente no ves su rostro, por detrás no ves su espalda.

Quien es fiel al Tao antiguo domina la existencia actual.

Quien conoce el primitivo origen posee la esencia del Tao.

XV

Los sabios perfectos de la antigüedad eran tan sutiles, agudos y profundos que no podían ser conocidos.

Puesto que no podían ser conocidos, sólo se puede intentar describirlos: Eran prudentes, como quien cruza un arroyo en in-vierno;

cautos, como quien teme a sus vecinos por todos lados;

reservados, como un huésped; inconstantes, como el hielo que se funde; compactos, como un tronco de madera; amplios, como un valle;

confusos, como el agua turbia.

¿Quién puede, en la quietud, pasar lentamen-te de lo

turbio a la claridad?

¿Quién puede, en el movimiento, pasar len-tamente

de la calma a la acción?

Quien sigue este Tao

no desea ser pleno.

No siendo pleno

puede quedar en lo viejo

sin renovarse.

XVI

Alcanza la total vacuidad

para conservar la paz.

De la aparición bulliciosa de todas las cosas, contempla su retorno.

Todos los seres crecen agitadamente, pero luego, cada una vuelve a su raíz.

Volver a su raíz es hallar el reposo.

Reposar es volver a su destino.

Volver a su destino es conocer la eternidad.

Conocer la eternidad es ser iluminado.

Quien no conoce la eternidad camina ciegamente a su desgracia.

Quien conoce la eternidad

da cabida a todos.

Quien da cabida a todos es grandioso.

Quien es grandioso es celestial.

Quien es celestial es como Tao Quien es como el Tao es perdurable.

Aunque su vida se extinga, no perece.

XVII

El gran gobernante pasa inadvertido por el pueblo.

A éste sucede el que es amado y elogiado por el pueblo.

Después, el que es temido.

Y finalmente, el despreciado.

Si no hay una confianza total, se obtiene la desconfianza.

El gran gobernante practica el no-hacer y así, a la obra acabada sigue el éxito.

Entonces, el pueblo cree vivir según su propia ley.

XVIII

Cuando se abandona el Tao

aparecen la bondad y la justicia.

Con la inteligencia y la astucia surgen los grandes hipócritas.

Cuando no existe armonía entre los seis pa-rientes,

se necesita la piedad filial y el amor paternal.

Cuando hay revueltas en el reino, se inventa la fidelidad del buen súbdito.

XIX

Rechaza la sabiduría y el conocimiento, y aprovechará cien veces más al pueblo.

Rechaza la benevolencia y desecha la justicia, y el pueblo volverá a la piedad y el amor.

Rechaza la habilidad y su provecho, y no habrá más bandidos ni ladrones.

Pero estas tres normas no bastan.

Por esto, atiende a lo sencillo. y genuino, re-duce tu

egoísmo, y restringe los deseos.

XX

Suprime el estudio y no habrá preocupacio-nes.

¿Qué diferencia hay entre el sí y el no?

¿Qué diferencia hay entre el bien y el mal?

No es posible dejar de temer lo que los hombres temen.

No es posible abarcar todo el saber.

Todo el mundo se enardece y disfruta, como cuando se presencia un gran sacrificio, o como cuando se sube a una torre en prima-vera.

Sólo yo quedo impasible,

como el recién nacido que aún no sabe sonre-

ír.

Como quien no sabe adónde dirigirse, como quien no tiene hogar.

Todo el mundo vive en la abundancia, sólo yo parezco desprovisto.

Mi espíritu está turbado

como el de un ignorante.

Todo el mundo está esclarecido, sólo yo estoy en tinieblas.

Todo el mundo resulta penetrante, sólo yo soy torpe.

Como quien deriva en alta mar.

Todo el mundo tiene algo que hacer, sólo yo soy un inútil.

Sólo yo soy diferente a todos los demás porque aprecio a la Madre que me nutre.

XXI

La grandeza de toda virtud

reside en su fidelidad al Tao.

El Tao es algo confuso e intangible.

Es confuso e intangible, pero tiene formas.

Es confuso pero brillante porque abarca mu-chas cosas.

Es profundo y oscuro pero contiene una esencia.

Esta esencia es verdadera.

Desde los tiempos más remotos conserva invariable su nombre.

Es el origen de todos los seres.

¿Cómo conocer el origen de todos los seres?

Por esto mismo.

XXII

Lo humillado será engrandecido.

Lo inclinado será enderezado.

Lo vacío será lleno.

Lo envejecido será renovado.

Lo sencillo y puro será alcanzado, pero lo complicado y extenso causará confusión.

Por esto, el sabio abraza la unidad y es el modelo del mundo.

Destaca porque no se exhíbe.

Brilla porque no se guarda.

Merece honores, porque no se ensalza.

Posee el mando, porque no se impone.

Nadie le combate porque él a nadie hace la guerra.

¿Son acaso vanas las palabras del antiguo proverbio:

«lo humillado será engrandecido»?

Por esto mismo, el sabio preservará su grandeza.

XXIII

Hablar poco es lo natural.

Un huracán no dura toda la mañana.

Un aguacero no dura todo el día.

¿Quién hace estas cosas?

El cielo y la tierra.

Sí las cosas del cielo y la tierra no pueden durar eternamente,

¿cómo las cosas del hombre?

Así, quien sigue el Tao

se une al Tao.

Quien sigue la virtud,

se une a la virtud.

Quien sigue el defecto,

se une al defecto.

Quien se identifica con una de estas cosas, por ella es acogido.

Pero a esto no se da suficiente crédito.

XXIV

Quien se sostiene de puntillas no permanece mucho

tiempo en pie.

Quien da largos pasos no puede ir muy lejos.

Quien se exhibe carece de luz.

Quien se alaba no brilla.

Quien se ensalza no merece honores.

Quien se glorifica no llega.

Para Tao, estos excesos,

son como excrecencias y restos de comida que a todos

repugnan.

Por eso, quien posee el Tao no se detiene en ellos.

XXV

Antes aún que el cielo y la tierra ya existía un ser inexpresable.

Es un ser vacío y silencioso, libre, inmutable y solitario.

Se encuentra en todas partes y es inagotable.

Puede que sea la Madre del universo.

No sé su nombre,

pero lo llamo Tao.

Si me esfuerzo en nombrarlo lo llamo «grande».

Es grande porque se extiende.

Su expansión le lleva lejos.

La lejanía le hace retornar.

El Tao, pues, es grande y el cielo es grande.

La tierra es grande y también lo es el hombre.

En el universo hay cuatro cosas grandes, y el hombre del reino es una de ellas.

El hombre sigue la ley de la tierra.

La tierra sigue la ley del cielo.

El cielo sigue la ley del Tao.

El Tao sigue su propia ley.

XXVI

Lo pesado es la raíz de lo ligero.

La calma somete a lo agitado.

Así, el sabio cuando viaja

no se aleja de la caravana.

Aunque pueda disfrutar de las cosas más ex-celsas,

conserva su paz y se hace superior.

¿Cómo el dueño de diez mil carros puede obrar con ligereza en el imperio?

Quien se comporta ligeramente pierde la raíz de su poder.

Quien se ofusca,

se pierde a sí mismo.

XXVII

Un buen caminante no deja huellas.

Un buen orador no se equivoca ni ofende.

Un buen contable no necesita útiles de cálcu-lo.

Un buen cerrajero no usa barrotes ni cerro-jos,

y nadie puede abrir lo que ha cerrado.

Quien ata bien no utiliza cuerdas ni nudos, y nadie puede desatar lo que ha atado.

Así, el sabio que siempre ayuda a los hombres,

no los rechaza.

El sabio que siempre conserva las cosas, no las abandona.

De él se dice que está deslumbrado por la luz.

Por esto, el hombre bueno no se considera maestro

de los hombres;

y el hombre que no es bueno estima como buenas las

cosas de los hombres.

No amar el magisterio ni la materia de los hombres,

y aparentar ignorancia, siendo iluminado, éste es el secreto de toda maravilla.

XXVIII

Quien conoce su esencia masculina, y se mantiene en el principio femenino, es como el arroyo del mundo.

Mientras sea como el arroyo del mundo la virtud eterna no lo abandonará, y retornará a la infancia.

Quien conoce su propia blancura, y se mantiene en la oscuridad, XXIX

Si un hombre quiere darle forma al mundo, modelarlo a su capricho, difícilmente lo con-seguirá.

El mundo es un jarro sagrado que no se puede manipular ni retocar.

Quien trata de hacerlo, lo deforma.

Quien lo aferra, lo pierde.

Por eso el sabio no intenta modelarlo, luego no lo deforma.

No lo aferra, luego no lo pierde.

Hay quienes marchan adelante, hay quienes marchan atrás.

Hay quienes permanecen callados, hay quienes hablan.

Algunos son fuertes, otros débiles.

Algunos medran, otros perecen.

Luego el sabio rechaza el exceso, la extrava-gancia y la propia complacencia.

XXX

El que está en el camino del Tao, no refuerza el imperio de las armas.

Toda acción provoca reacciones.

Sólo zarpas y espinos nacen en el lugar don-de acampan los ejércitos.

Después de la guerra, siguen años de ham-bre.

El buen general vence, y allí se queda.

No abusa de su poder, no se sobrestima.

Vence y no se jacta, vence porque es su deber.

Cuando las cosas alcanzan su extremo, co-mienzan a declinar.

Eso es oponerse al Tao.

Y lo que se opone al Tao

camina rápidamente a su fin.

XXXI

Las armas son instrumentos nefastos.

El hombre de Tao nunca se sirve de ellas.

El hombre de bien considera la izquierda co-mo sitio

de honor,

pero permanece a la derecha cuando porta armas.

Las armas son instrumentos nefastos, no adecuados para el hombre de bien.

Sólo las usa en caso de necesidad, y lo hace comedidamente,

sin alegría en la victoria.

El que se alegra de vencer

es el que goza con la muerte de los hombres.

Y quien se complace en matar hombres no puede prevalecer en el mundo.

Para los grandes acontecimientos el sitio de honor es la izquierda, y la derecha para los hechos luctuosos.

El segundo jefe se coloca a la izquierda, y el primer jefe a la derecha, que es el lugar reservado

en los ritos fúnebres.

Quien haya matado

debe llorar con dolor y tristeza.

La victoria en la guerra

debe seguir el rito funerario.

XXXII

El Tao, en su eternidad, carece de nombre.

Aunque mínimo en su unidad, el mundo no puede contenerla.

Si los príncipes y los reyes pudieran permanecer en el Tao todos los seres se les someterían.

El cielo y la tierra

se unirían para llover dulce rocío El pueblo, sin gobierno

por sí mismo se ordenaría con equidad.

Cuando en el principio se dividió, dando formas a

a todas las cosas,

tuvo nombres.

Con los nombres supo contenerse, y así, no corre peligro.

El Tao es al universo

como los riachuelos y los valles son respecto a los

ríos y al mar.

XXXIII

El que conoce a los demás es inteligente.

El que se conoce a sí mismo es iluminado.

El que vence a los demás es fuerte.

El que se vence a sí mismo es la fuerza.

El que se contenta es rico.

El que se esfuerza sin cesar es voluntarioso.

El que permanece en su puesto, vive larga-mente

El que muere y no perece, es eterno.

XXIV

El gran Tao es como río que fluye en todas las direc-ciones.

Todos los seres le deben la existencia y él a ninguno se la niega.

Cuando realiza su obra, no se la apropia.

Cuida y alimenta a todos los seres sin adue-

ñarse de

ellos.

Carece de ambiciones,

por eso puede ser llamado pequeño.

Todos los seres retornan a él sin que los re-clame,

y por eso puede ser llamado grande.

De la misma forma, el sabio nunca se considera grande,

y así, perpetúa su grandeza.

XXXV

El que guarda la Gran Forma es el modelo del mundo.

El mundo no sufre mal alguno y queda en paz, prosperidad y equilibrio.

La música y los manjares

detienen al caminante,

pero lo que exhala el Tao

no tiene sabor.

Se mira el Tao y no complace a la vista.

Se escucha el Tao y no complace al oído.

Se bebe del Tao y es inagotable.

XXXVI

Quien quiera contraer

algo, antes debe extenderlo.

Quien quiera debilitar algo, antes debe fortalecerle.

Quien quiera destruir algo, antes debe levantarlo.

Quien quiera obtener algo,

antes debe haberlo dado.

Así es el misterio profundo.

Lo tierno y lo débil

vencen lo duro y fuerte.

No debe salir el pez de 'a profundidad de las aguas.

Ni deben exhibirse los objetos más valiosos del reino.

XXXVII

El Tao, por su naturaleza, no actúa, pero nada hay que no sea hecho por él.

Si los príncipes y los reyes pudieran adherírsele,

todos los seres evolucionarían por sí mismos.

Si al evolucionar

apareciera el deseo de obrar, yo lo mantendría en la simplicidad sin nombre.

En la simplicidad sin nombre no existe el deseo.

Sin deseos es posible la paz y el mundo se ordena por sí mismo.